

Históricas Digital

Juan A. Ortega y Medina

Reforma y modernidad

Alicia Mayer González (edición y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

224 p.

(Serie Historia General, 19)

ISBN 968-36-74-03-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/reforma_modernidad/365.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA IDEA IMPERIAL DE CARLOS V

Los tres rumbos del Imperio

Ante el joven rey Carlos I de España, lo mismo que antaño ante sus abuelos maternos, se presentaban tres caminos a seguir; pero de los tres uno precisamente seguía siendo, a pesar de todo, el favorito y el que además tenía el consenso popular, el africano. Frente al enemigo sarraceno los pueblos peninsulares ardían llenos de entusiasmo y, olvidando sus rencillas y resquemores regionalistas, presentaban un frente común. En mayo de 1476, retrocedamos un poco, los sevillanos acuden en socorro de los portugueses que se hallaban asediados en Ceuta por una patulea morisca enardecida por un santón, un sufi entre profeta y energúmeno que andaba apellidando la tierra.²⁰ Pero avancemos de nuevo en el tiempo. Ante las tropas acantonadas en Barcelona en víspera de la expedición contra Túnez el propio emperador hubo de disipar de viva voz el descontento de los soldados que estaban recelosos por temor a que se les embarcase para Italia o Francia. Cuando la tropa comprendió lo infundado de sus barruntos estalló en vítores; mas cuando supo por boca del emperador que se les destinaba contra Túnez, el entusiasmo alcanzó proporciones de enajenación, sin excluir de ella desde el general al último sollastre.²¹ En suma, frente a estos dos ejemplos extraídos de épocas distintas podemos reafirmarnos en lo que dejamos asentado páginas atrás: el pueblo no perdió su entusiasmo por la empresa medioeval africana, pese al atrayente reclamo de las Indias descubiertas hacía poco; pero el ajedrez político europeo obligaría las más de las veces al enroque real, y con él a la pasividad frente a

²⁰ En Mosén Diego de Vera, *Crónica de los Reyes Católicos*, Madrid, Revista de Filología Española, 1927, VII, p. 86.

²¹ Vid. Francisco Cossío, *Carlos V*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1941, p. 159.



África. La actividad reconquistadora se trocó en actitud defensiva, y se convino en mantenerla a raya, aunque a la larga resultara demasiado costoso,²² antes bien que en someterla: los hitos de Túnez y Lepanto, con todo y ser tan reputados, y los fracasados proyectos del malogrado don Juan de Austria,²³ hermanastro de Felipe II, son ejemplos, entre muchos que pudieran citarse, del nuevo sesgo y encaramiento del problema.

El segundo camino es el americano, vía por la que pronto transcurrirá toda el ansia reprimida y fallida del anterior programa, y por la que no tardará mucho en desfilar el entusiasmo popular ya desencantado, a fuerza de la presión dinástica y política, de su ensueño y cruzada medioevales. La expedición, por ejemplo, de Pedrarias Ávila (1514) se hizo con lo más granado de la nobleza media de Andalucía y Castilla atraída por el olorcillo de las nuevas posibilidades de lucro que le deparaban las Américas. Nadie mejor que el cronista Pedro Mártir para darnos un relato fiel del cambio de perspectiva realizado. Cuando él decide permanecer en Granada tras de haber asistido al asalto y rendimiento de la ciudad, no lo hace tanto por los obtentos y congruas que los Reyes le ofrecen, sino, como él mismo escribiera, “porque en parte alguna del mundo veía llevar a cabo en estos tiempos las grandes empresas que aquí”,²⁴ empresas que no eran otras sino las derivadas del *existimado*, primero, y después *comprobado* continente nuevo: es a saber, del descubrimiento de América. Pedro Mártir es un historiador refinado, erudito y concienzudo, despabilado y curioso; pero no por esto deja de ser como un cuérago providencial por el que discurrirán las aguas de las informaciones transmarinas; y cauce mediante el cual se hace claramente perceptible, casi hasta el desborde, la corriente populachera española

²² Vid. Leopoldo von Ranke, *La monarquía española de los siglos XVI y XVII* (Traducción de Manuel Pedroso), México, Editorial Leyenda, 1946, p. 59.

²³ *Ibidem*, p. 60. Don Juan de Austria propuso el plan de suprimir los cinco o seis millones anuales que se gastaban para tener alejado al turco, empleando el dinero en la reconquista de Túnez, de cuyo reino él sería rey; pero sus aspiraciones reales en Africa, así como las de Italia y las que más tarde tuvo con respecto a Inglaterra se vieron torpedeadas por la exclusiva recelosa y poltronesa política de su propio hermanastro.

²⁴ Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Editorial Bael, 1944, III, p. 225.

ávida de poder y riquezas, insaciable *auri sacra fames* de la época.²⁵ Nuestro cronista no quiere, según escribe,²⁶ ser historiador: su interés es, como muchos han insinuado, periodístico. En efecto, él es el primer periodista, valga el anacronismo, de América. Su actividad histórico-periodística, a vuela pluma, abraza la causa americana y sobre ella intenta verter su apasionado frenesí imperial, y aunque él nos jure lo contrario, escribe historia, historia renacentista, es decir novedosa y pragmática. Las nuevas tierras parecían haber estado esperando a su Mesías, al joven rey Carlos; y en ellas se asentaban según se desprende del pensamiento del cronista, el motor del imperio futuro, o lo que entonces era igual, el poderío y grandeza de España y la esperanza y salvación de la Cristiandad,²⁷ pues nada menos que a tres Europas²⁸ equivalían el valor y los recursos de América.

El tercero y último rumbo que se abría ante Carlos I era el expansivo e imperial, que, en última instancia, no era otro sino la prolongación del añejo ideal del Sacro Imperio Romano Germánico que venía arrastrándose desde los tiempos del emperador Constantino. La Casa de Aragón, la de Castilla y la de Austria habían visto por fin coronados sus esfuerzos político-connubiales al lograr elevar al rey Carlos I de España a la ansiada dignidad imperial. El famoso lema austríaco había llegado, sobre todo, al máximo de eficacia que jamás hubiera soñado, y mientras las otras casas reinantes se deshacían en luchas intestinas o internaciona-

²⁵ Mejor sería decir de todas las épocas.

²⁶ Pedro Mártir, *op. cit.*, p. 107.

²⁷ Hay que advertir que el clima de la época estaba ensombrecido por el temor y las amenazas que provocaba la expansión oriental. Los turcos se encontraban por entonces en el punto culminante de su poderío: Mohamed II (1451-1481), Selim I (1512-1520) y Mohamed IV, con posterioridad (1648-1687). El propio Tomás Campanela recogerá este ambiente de terror y aconsejará el traslado de la corte pontificia, del papa e incluso del propio emperador a América en caso de que los turcos se adueñaran de Europa, cosa que por lo demás se juzgaba inminente (Véase Campanela, *Sobre la monarquía española*). Ante la casi segura conquista y esclavitud de Europa por los otomanos, América resultaba ser — ya desde entonces — el continente de reserva, el salvaguardador de la libertad, el continente símbolo de la misma y la esperanza de la reconquista en el mañana. Si fuésemos de los que nos impresionáramos y rigiéramos nuestras ideas por los marchamos vocingleros, multiplicantes y vergonzantes de hoy día, podríamos decir como el latino, que al parecer *nihil novum sub Sole*.

²⁸ Pedro Mártir, *op. cit.*, p. 115.



les, Austria feliz hacía matrimonios; *Bella gerant aliis; tu felix Austria, nube*.

Empero, el joven emperador iba a pagar demasiado caro todas las guerras que sus tatarabuelos y abuelos paternos se habían ahorrado; los conflictos políticos y administrativos de su inmenso y desperdigado imperio, la pugna y rivalidad francesas, la amenaza turca y, por último, como si aun fuera poco, la Reforma y las luchas religiosas posteriores.

Para ser justos con Carlos hay que decir que en él convergían viejas aspiraciones, no ya sólo austriacas, mas asimismo españolas y desde bien antaño: en su idea de dominio imperial tanto montaron las aspiraciones maximilianescas como las isabelinas y fernandinas; pero quédese el rastreo de esta idea para el apartado siguiente, en donde ellas navegarán sin duda más holgada y anchamente.

La tradición imperial española. Hispaniae consolatio

Salvo en los remotos tiempos de la monarquía astur-leonesa (866-910) en que León, y anteriormente Oviedo, “fue mirado — escribe Menéndez Pidal— como heredero de la monarquía visigoda, y fue el verdadero centro político de los cristianos de la Península. Por esto su rey era considerado como emperador o rey de los reyes, de la España cristiana,²⁹ que hacía de Alfonso III, en víspera de las correrías de Almanzor el *imperator*, no había habido en España una tradición imperial sino la desdichada de Alfonso X el Sabio, en 1257, cuando la Dieta de Francfort dio el mayor número de votos a favor de Alfonso, desechando la candidatura de Ricardo Cornuailles a pesar de la oposición del papa —Alejandro IV, Conradino— que lo protegía. Hay que añadir además que Alfonso regresó de Italia sin título, sin dineros, y henchido de deudas y pesadumbres. A pesar del *Elogio* sobre España del sapiente monarca, del petulante “...y *vengo de los godos*” de los clásicos

²⁹ Ramón Menéndez Pidal, *El idioma español en sus primeros tiempos*, Buenos Aires, Colección Austral, 1942, p. 60.



cos;³⁰ y del pasado imperial con sus emperadores hispano-romanos, a los que luego luego aludiría habilidosamente el doctor Pedro Ruiz de la Mota en su discurso espetado ante los procuradores de las Cortes de la Coruña (1520) convocados por Carlos V, no existía aún una clara y manifiesta *voluntad de imperio*, y permítasenos por esta única vez utilizar esta azulenta muletilla de capcioso aliño.³¹

Entre las personalidades del séquito que acompañaba a Carlos al embarcarse en La Coruña (1520) para dirigirse a Alemania con objeto de ser coronado emperador, iba el joven rector de la universidad de Bolonia, Jorge Sauerman, el cual una vez arribado a Lovaina publicó por el mes de agosto de 1521 un libro que dedicó, al tenor de la época, a un importante personaje, en este caso el consejero imperial don Pedro Ruiz de la Mota, al que en líneas arriba aludieramos. Según R. B. Merriman, a quien debemos el descubrimiento de los 24 folios en cuarto de una copia en latín que se conserva en la Harvard College Library, lo que se proponía el autor era crear un cambio de frente total en la opinión española que la hiciese apartar de la ineficaz directriz histórica regionalista para favorecer a una nueva misión histórica de más alto bordo y vuelo, y mediante la cual se les indicaba a los españoles una ruta promisoría que los alejaría de los particula-

³⁰ Recuérdese entre otros a Diego de Saavedra por su obra de significantísimo título *Corona gótica castellana* (Vid. la Biblioteca de Autores Españoles, t. XXV). Lo godo llega a ser distintivo racial que se invoca con desmesurado orgullo. Los siglos XV y XVI exaltan este sentimiento del ayer, y en la unidad peninsular antójaseles ver reverdecidas a los clásicos, las pasadas glorias de la monarquía española. Allende esto recuérdese el saqueo inspirativo a que los escritores del siglo XVII someten a los cronicones; entre otros, sin ir más lejos, Lope. Y como cosa curiosa se puede reseñar el hecho de que queda como lastre de los tiempos por tierras del Perú y Chile el termino *godo* que se aplica peyorativamente a los españoles residentes.

³¹ Resulta, sin embargo, extraordinaria la actitud defensiva y apologética de De la Torre en un escrito confidencial que dirigiera a su amo Enrique IV de Castilla (1455), en el que exalta la riqueza de la tierra castellana, el valor de sus hombres y la tradición imperial clásica: "pues si leéis las romanas historias, bien fallareis que de Castilla han salido y en ella nacieron hombres que fueron emperadores en Roma, y non uno, mas siete; y aun en nuestros tiempos avemos visto en Italia y Francia y en otras muchas partes, valientes capitanes" (*Cancionero y obras de Fernando de la Torre*, Dresde, edición de A. Paz y Meliá. 1907). Nacía así el ansia de emular a los romanos, anhelo que tan patente llegaría a ser en los conquistadores e incluso misioneros de Indias. Vid. *supra*, en Américo Castro, *op. cit.*, p. 31.



rismos y provincialismos locales: “To desist from their grumblings and complains over local grievances, and seek to prove that Charles’ journey to the Empire was for the best interest of Spain as well as of all his other kingdoms and indeed of all Christendom”³²

Insistía en hacer dorar la píldora asegurando que si el rey abandonaba a España para ir a Alemania lo hacía no por placer, mas con vista a crear “a universal monarchy through which he, as king of kings, would put an end to war between Christian states, and unite them all in a victorious onslaught upon the infidels”.³³ Es decir, se trataba de incitar a los españoles para que colaboraran en un designio continental, y teniendo en cuenta la natural repugnancia y recelos de los mismos, se presentaba aquél con aires de cruzada, único modo, según se sabía, para hacerles olvidar la empresa vital de la reconquista africana y de interesarlos vivamente. No cabe duda que Carlos I estaba tan entusiasmado como el que más en el nuevo propósito; pero ni él ni nadie podían prever las dificultades que se levantarían en el transcurso de su mandato imperial.

La resistencia española a estos planes estaba perfectamente justificada. Si como ya vimos los españoles tenían ya trazado su camino, todo lo que los desviara de él era acogido con disgusto y recelo. Es más, por su particularismo nacional veían en las actividades venideras la continuación natural de las pasadas, pues por delante de ellos solamente se abría un futuro que se estimaba vendría a ser la repetición de un pasado architradicional de ochocientos años: guerra fronterizo-civil contra la raya musulmana. Y en cuanto al éxito de las mismas no tenían más que mirarse y compararse ellos mismos, finisterros del occidente cristiano, con el otro extremo greco-oriental caído en manos de los turcos en 1453. En suma, los españoles aspiraban al imperio, empero no al europeo, mas al africano.³⁴

³² Roger B. Merriman, *The Rise of the Spanish Empire*, New York, The MacMillan Co., 1925, p. 59, v. I. [T. “...y les haría desistir de sus quejas y demandas sobre querellas locales, y aprobar que el viaje de Carlos al Imperio era para el mejor interés de España al igual que para sus otros reinos y desde luego de toda la Cristiandad”.]

³³ *Ibidem*. [T. “Una monarquía universal a través de la cual él, como rey de reyes, pondría fin a la guerra entre estados cristianos, y los uniría a todos en una victoriosa arremetida contra los infieles”.]

³⁴ En 1492 Nebrija publica la primera gramática que en lengua romance aparece en Europa, el *Arte de la lengua castellana*. La novedad era extraordinaria, inaudita, tanto que



El localismo español comprobaba que sus hazañas habían sido superiores a las que habían realizado los otros; que las gestas hispanas brillaban allí donde precisamente se opacaban las francas. La tradición talasocrática catalano-aragonesa les hacía recordar los viejos pleitos mediterráneos y, sobre todo, la brillante actuación almogávare por tierras de Bizancio en los tiempos heroicos de los Rogeres y Muntaneres; a tanto y tan valientemente cumplido no había llegado ningún reino europeo entonces. Por supuesto que en el lado castellano la conquista de Granada había sido la culminación de un deseo mantenido durante siglos; la plena confirmación de superioridad no ya sólo frente a los musulimes, sino también frente a los que 39 años antes habían dejado perecer, indiferentes, al último florón vetusto de la tradición grecorromana y cristiana, y al filo del mismo alfanje que había sido vencido y humillado en Andalucía. Como expresa Menéndez Pidal “las invasiones selyukíes y otomanas, las invasiones almorávides, almohades y benemerines fueron dominadas y acabaron en 1340, las asiáticas se recrudecieron en todo el siglo XIV”.³⁵ Alguna diferencia hubo de haber sin duda que coadyuvó al éxito de los unos y al vencimiento de los otros. “Tanto tardaron los dos orbes antagónicos en resolver su contienda frente a las dos entradas de Europa, el Bósforo y Gibraltar, con resultado tan distinto para el gran imperio de Oriente y para el pequeño reino de Occidente”.³⁶ Esto puede en parte explicarnos la inercia española titubeante entre uno u otro ineludible compromiso. Cuando Carlos V desposó a la emperatriz Isabel de Sevilla, se levanta-

se siente obligado a defender su obra, y lo hace asentando en el prólogo de la misma la máxima de que “siempre la lengua fue compañera del imperio”. La alusión a Roma y al latín es bien clara; pero en relación a España, cabe preguntarnos ¿a qué imperio se refería Nebrija? ¿Cuál es él que el llevaba en la mente? Por muchos motivos que no hay que volver a repetir tenemos que eliminar el americano y quedarnos solamente con el africano. Estamos seguros que cuando él se dirigía a la reina Isabel lo hacía en la confianza de interpretar fielmente no sólo el pensamiento de ella, sino además el de todos los súbditos. Los viejos tiempos medioevales en que el árabe fuera la *lingua franca* entre todos los reinos peninsulares había pasado a la historia. El castellano iba a ser el idioma fuerte y apasionado de la conquista militar y de la misión religiosa; mas por azares del destino no fueron los campos africanos, mas los americanos los que recibieron la siembra y alzaron la cosecha.

³⁵ Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid*, Buenos Aires, Editorial Espasa y Calpe, 1939, p. 490.

³⁶ *Ibidem*.



ron arcos triunfales con leyendas conmemorativas de tan feliz suceso. A la entrada de la catedral se erigió un monumento dedicado a la Gloria en el que podían leerse dos inscripciones de singular significación “El Senado y pueblo de Sevilla dedica este arco al muy dichoso emperador a quien todo el mundo es deudor”; “La campaña que os guió hasta aquí con tanto bien os pondrá en Jerusalén”. En el primer cartel, mundo alude al dominio político sobre los reinos de la tierra; se ha dado paso a un orgullo español que da su consentimiento, aunque todavía no pleno, a una política de dominio universal. En el segundo la campaña de que se hace mención es sin duda la de intrigas y cohechos que convirtió al rey en emperador, y que culminó con la victoria de Pavía (1519-1525); pero se insinúa, como solución natural y dedicación inmediata de la Nueva Majestad, emplear la flamante dignidad y el reciente título y poder en una empresa que sólo podría darse por terminada en la ciudad de la paz.

La decisión española

Cronológicamente el famoso discurso del doctor Ruiz de la Mota es anterior al librito que dedicara Sauerman al emperador; mas desde el punto de vista en que nos situamos conviene anteponerlo para presentarlo como la respuesta o actitud española ante los nuevos rumbos históricos. El problema para España consistía en apoyar a un emperador que lo fuese de veras, verbigracia que hiciese real la vieja tradición imperial heredera de Roma. Ruiz de la Mota en su discurso ante las Cortes de la Coruña, convocadas por el rey para hacer frente a los nuevos gastos que acarrea la dignidad imperial, llamaba la atención acerca de la seria labor que había caído imprevistamente sobre España: “Ahora vino el imperio a buscar el emperador a España, y nuestro rey de España es hecho por la gracia de Dios, rey de romanos y emperador del mundo”.³⁷ Era por consiguiente un trabajo inexcusable que había que afrontar con severidad y entusiasmo, supuesto que España, según

³⁷ Cfr. Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*, Buenos Aires, Colección Austral, 1941, p. 14.



el criterio de Mota, se constituía en el corazón del imperio. El emperador por su parte no excusaría la faena contra los infieles, y defendería así la religión católica: “en la cual tarea, añade Mota, entiende (el emperador) con la ayuda de Dios, emplear su real persona”.³⁸ Que el criterio expresado por Mota no era unánime se ve bien claramente por el énfasis disimulado que ponía en la cruzada, algo así como una intencionada concesión al espíritu nacional. Pero aún hay más, en el memorial que redactara la Junta comunera reunida en Tordesillas puede observarse netamente que la tendencia de la época se inclinaba en España al localismo. El documento respira aires de descontento contra la administración extranjera impuesta por Carlos I, e igualmente contra su política europeizante que para el pueblo, el castellano fundamentalmente, significaba lanzarse a caminar por vericuetos desconocidos; mas a la postre Carlos decidiría y arrastraría en su decisión a toda España, incluso con el beneplácito y contento de los más.

Idea de un príncipe erasmista

Mucho se ha hablado y más escrito acerca de la expansión espiritual y económica de los españoles durante los siglos XVI y XVII, asimismo de su tendencia imperialista a la vez que religiosa y política. Habría que encontrar la razón de ser de los españoles de entonces, según piensa O’Gorman, “en una visión mesiánica de la historia, fundada en la inquebrantable fe que algunos españoles tenían en el destino providencial de su pueblo, como elegido por Dios para implantar la monarquía universal católica”.³⁹ Es decir, la idea imperial responde, pues, a una empresa vital de España, a un tono de vida espiritual en la que lo político es tan sólo una excrecencia.

Nunca —escribe Menéndez y Pelayo— desde el tiempo de Judas Macabeo, hubo un pueblo que con tanta razón pudiera creerse el

³⁸ *Ibidem.*

³⁹ Edmundo O’Gorman, “Prólogo” a la antología de Oviedo publicada con el título de *Sucesos y diálogo de la Nueva España*, México, Universidad Nacional de México, 1946, p. XXVI.



pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios; y todo, hasta sus sueños de engrandecimiento y de monarquía universal, lo refería y subordinaba a este objeto supremo: *fiet unum ovile, et unum pastor*.⁴⁰

El gran portavoz de la ambición imperialista de España ha de ser el cronista [Gonzalo Fernández de] Oviedo; en él se expresa con claridad meridiana la decisión irrevocable del pueblo español que a la larga ha acabado por adoptar y hacer suyo el cartel expansionista europeo del emperador. “Un breve pincelazo, escribe Consuelo Coronado, describe en forma cabal el concepto que acerca de la vida tenía el autor hispano. Tan sólo estas palabras: imperialista, español, universal, católico, y todo está dicho. Es la fuente inspiradora de su vida y su obra, como la de todos los españoles del siglo XVI”.⁴¹ Para Oviedo el destino del pueblo español es providencial, Dios ha elegido a España para que sea campeona de la fe y sostenedora de su Iglesia; Dios también le ha otorgado a España un emperador y una bandera universal, la de Cristo. De esta manera se conjugan en Oviedo dos corrientes de acción y de pensamiento que antes eran divergentes. El gran milagro, en ello andaba sin lugar a dudas la mano de Dios, había consistido en haber podido armonizar ideas e intereses opuestos. El rey extranjero Carlos I logra convertirse en el emperador español Carlos V. España acepta, aunque como vimos no sin resistencia, el dominio del mundo, y el emperador admite, no sin cierta desazón al principio, el papel de cruzado y campeón de la Cristiandad, herencias de sus abuelos hispanos y de España. Para defender a la Europa unificada y cristiana todo le pareciera poco al emperador, todo lo diera sin siquiera titubear, y con beneplácito ya de sus súbditos españoles, como lo expresara en la Dieta de Worms (1521): *reinos, amigos, cuerpo, sangre, vida y alma*.

¿Qué es lo que había pasado con el emperador? Nada, una cosa singularísima, pero muy española: materializar el ideal; hacer de la idea espiritual algo tangible, de carne, sangre y hueso;

⁴⁰ Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Buenos Aires, Editorial Emecé, S.A., 1941, t. v, p. 431.

⁴¹ Consuelo Coronado G., *El diálogo hispano inglés*, tesis para la maestría en Historia, México, Facultad de Filosofía y Letras, 1947, p. 26.



convertir este mundo en cielo, y el cielo en realidad; en suma hacer de ambos, en un intento doloroso, inútil y de antemano fracasado, un infierno. Porque ningún pueblo se atrevió a llevar la secularización del ideal religioso tan lejos y por tanto tiempo, y tan inquebrantable y tesoneramente como lo hizo el español; y en ello radica toda su gloria y execración, toda su verdad y mentira. El español secularizaba lo espiritual, pero al mismo tiempo espiritualizaba lo seglar hasta un grado tal que el equilibrio por fuerza habría de romperse en perjuicio de las dos tendencias y, desde luego, con gran daño para las aspiraciones y realidades humanas. España comenzaba a hacer así esa carrera tan desorbitada⁴² en la historia, que tan absurda resultaría entonces como nos parece también hoy.

Convenientemente se ha discutido entre los eruditos acerca de la idea imperial. Según ellos Gatinara, consejero del emperador, soñaba con un imperio fuerte, respetado y conquistador; Mota, en cambio, imaginaba el suyo como un armónico conclave de príncipes, duques y reyes católicos cuyo principal objetivo debería ser la lucha tenaz contra los infieles. A la monarquía universal de Gatinara oponía Mota, el consejero español, la *universitas christiana*; frente a la soberbia secular del uno, la espiritual secularidad del otro.

A lo largo de los 71 consejos que imagina Valdés⁴³ que un rey moribundo da a su heredero, se pueden percibir los acimutes orientadores relativos al emperador patriarcal, virtuoso e iluminado por la justicia divina.⁴⁴ Pero de la filatería sentenciosa acumulada por Valdés solamente vamos a recoger aquello que en él es esencial para caracterizar al emperador con que él sueña. Valdés llama tirano al príncipe que se apodera de lo ajeno, y afirma que el interés del rey debe mirar más por la conservación de sus estados que en aumentarlos. Las relaciones entre el pueblo y el príncipe deben estar regidas por un pacto que se destruye o inutiliza en cuanto lo viola cualesquiera de las partes contratantes. Que es tirano el rey que busca su provecho y no el bien de la república.

⁴² Manuel Calvillo, *Francisco Suárez. La filosofía jurídica. El derecho de propiedad*, Jornada, n. 43, México, Edición de El Colegio de México, 1945, p. 28.

⁴³ Alfonso de Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, Madrid, Ediciones La Lectura, Clásicos Castellanos, 1929, p. 104, 199 y 202-207.

⁴⁴ Marcel Bataillon, *op. cit.*, p. 470.



Que el príncipe no debe mover guerra contra los infieles buscando en ella el interés particular, mas el de la defensa de la fe. Que el propósito del príncipe debe tender al mejoramiento de sus estados y no a ensancharlos a costa ajena. Y que el príncipe fue instituido para la república y no al contrario.⁴⁵

No vamos a caer en la candidez de suponer que Carlos V fue ese perfecto príncipe santo y laico, y cristiano que los consejeros y humanistas cercanos al emperador soñaron. Ahora bien el personaje trazado es el modelo, en esto no cabe duda, que se propuso el emperador como ideal, y al cual él, en gran medida, aspiró infructuosamente durante toda su vida, entre otras cosas porque Carlos V se vio desbordado por los acontecimientos a los cuales nunca pudo hallar cauce; de aquí que su papel en la historia haya sido el de un emperador frustrado, pese a las apariencias en contra; pero eso sí, a lo grande.

Como escribe Montesinos, prologuista de la obra de Valdés en la edición que hemos consultado, el *Diálogo* es el “reflejo ideal del Carlos V que Valdés hubiera querido; un monarca que supiera instaurar sin sangre, sin terrores, la monarquía universal cristiana en todo el mundo”.⁴⁶ Un rey guiado por el consejo de los mejores; un rey que, como el propio Valdés quería, deseara sobre todo “la honra de Dios y el bien universal de la república cristiana”;⁴⁷ y al que por sus virtudes y grandezas se le confiriera el sobrenombre de *Máximo*. Este rey además habría de convertir a los infieles; pero no por compulsión mas por atracción pacífica: “sin armas, sin muertes de hombres y sin derramar sangre cristiana”.⁴⁸

He aquí un ideal imperial que se le bosquejaba a Carlos; un ideal europeo encaminado a perpetuar la República Cristiana; un ideal católico, erasmista, pero también ya hispano:

Carlos V —escribe Menéndez Pidal— el emperador más grande y poderoso de dos mundos, no formó su ideal imperial imperfectamente y tarde, y no lo formó al dictado de un canciller Gatinares;

⁴⁵ A. de Valdés, *op. cit.*

⁴⁶ *Ibidem*, p. XI de la “Introducción”.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 5 del “Proemio” de Valdés.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 196. Véase también para este tema en José de Montesinos, *Algunas notas sobre el Diálogo de Mercurio y Carón*, Madrid, Revista de Filología Española, 1929, t. XVI.



sino más bien de espaldas a su canciller. El pensó de su imperio por sí mismo muy pronto, sin esperar el dictado de nadie, con consentimientos heredados de Isabel la Católica, madurados en Worms, en presencia de Lutero, y declarados públicamente, con la colaboración de varios escritores españoles: Mota, Valdés, Guevara.⁴⁹

¿Pero obtuvo el emperador, y con él España, a la que unciera al trono imperial, el éxito que se propusiera? No, y no es que le faltaran empeños y entusiasmos para ello, sino que, como dijimos líneas arriba, los hechos y circunstancias estuvieron siempre por encima de las posibilidades del emperador y sus consejeros; lo cual no presupone ni mucho menos que sus ideales fueran insinceros, o que fuesen bastardos. El mal, si es que lo hubo, estuvo en el tremendo y trágico viraje que se le dio a la historia de España cuando aun vivía y ordenaba el emperador; un giro de casi 180 grados, o lo que es lo mismo, un salto brusco desde la política reconciliadora, erasmista y filosófico-cristiana al antierasmismo irreconciliador, antirreformista y antimaquiviélico.⁵⁰ Una política, la tendencia primera, de esencia erasmista que permite el diálogo comprensivo entre un Valdés —que seguía también al pie de la letra las indicaciones de Gatinara, canciller tan maquiavélico en sus procedimientos diplomáticos como el que más—, y un hombre tan teológicamente huidizo como lo era Melancton, en la víspera de Worms (1530); es decir en víspera del rompimiento definitivo de Occidente; y una política, la segunda, que también comienza en Worms, pero que es de signo antirreformista, opuesta al entendimiento; política, en fin, que años más tarde se agriará más de suyo en el Concilio de Trento (1545): ratificación española y papal de la desmembración de la Cristiandad.

El emperador favoreció el anticurialismo erasmista que sus consejeros le recomendaban, pero no pudo mantenerlo con eficacia; no quiso Carlos romper con la reforma luterana, hacia la cual mostró cierta benevolencia al principio,⁵¹ mas a la larga tuvo

⁴⁹ Ramón Menéndez Pidal, *op. cit.*, p. 27.

⁵⁰ *Vid.* en Juan Cuatrocasas, *Significación del filipismo*, México, "Cuadernos Americanos", n. 3, 1947, p. 108.

⁵¹ Un cronista oficial de Carlos V, Pedro Mexía, no mostraba encono ni acritud al escribir sobre la Reforma. *Vid.* Juan Mata Carriazo, "Estudio preliminar" a la edición de la *Historia del emperador Carlos V* de Pedro Mexía, Madrid, Espasa Calpe, S.A., 1945, p. XLIV.



que combatirla, y aun con encono; no quiso asimismo reducir al papa a la espiritualidad, tal como lo aconsejara Miguel de Mai⁵² empero aun sin desearlo dio comodidad para el terrible y afrentoso *saco* de Roma (1527); quiso el emperador vehementemente llevar la guerra contra el turco, y lo puso ciertamente en práctica constantemente; pero nada definitivo pudo contra ellos; deseó fervientemente unificar espiritual y políticamente a Europa, y sólo acertó a hacer más hondas las diferencias; y, por último, admiró profundamente a Erasmo, pero no tanto como para comprometerse en la reforma espiritual y social erasmiana que los mejores hombres de entonces, entre ellos lo mejorcito de España, propugnaban. De esta manera la tolerancia, la comprensión y la libertad espiritual que luchaban por abrirse paso fueron cerradas —especialmente en la Península— y el teísmo universal se convirtió en flor de invernadero, y, por lo mismo, de difícil trasplante para España ya por entonces demasiado intoxicada popularmente de fanatismo, razón por la cual la doctrina sólo pudo arraigar a la larga entre los estadistas, secretarios y consejeros de los que rodaban por los caminos de Europa siguiendo a la carroza viajera del incansable emperador, y entre alumbrados, espiritualistas y frailes prerreformistas y cisnerosianos.⁵³

La conciencia popular española que había sido durante la Edad Media tolerante para con los enemigos de la fe, a pesar del eterno conflicto fronterizo entre hermanos, se va trocando en fanática y persecutoria, y durante el reinado de los Reyes Católicos se hace dura e intolerante. Con Cisneros y después con los Felipes desaparecen las más pequeñas muestras de comprensión, convivialidad y tolerancia; la espiritualidad española se anquilosa y sólo responde con violencia a todo estímulo; en suma, para los españoles no habrá otra mejor solución que la de cerrar contra los disidentes e infieles sin dar ni pedir cuartel: guerra total, a ultranza. Tal y no otro será el cartel que ya se perfila en el co-

⁵² Cfr. Marcel Bataillon, *op. cit.*, v.1, p. 477. Con criterio parecido Lope de Soria y el abad de Nájera querían anular —y así lo aconsejaban— la preponderancia política del Papa (Clemente VII). *Apud* "Introducción" al *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, de Alfonso de Valdés, Madrid, Ediciones La Lectura, Clásicos Castellanos, 1928, p. 50.

⁵³ *Apud* Bataillon, I, x.



nocidísimo mensaje de Acuña, el poeta favorito del emperador, al anunciar al mundo la llegada del pastor imperial; mas un rabadán que en lugar de la usual cayada habría de blandir la cruz del acero:

Ya se acerca, Señor, ya es llegada
La edad dichosa en que promete el cielo
Una grey y un pastor solo en el suelo,
Por suerte a nuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
Nos muestra el fin de vuestro santo celo,
Y anuncia al mundo para más consuelo
Un monarca, un imperio y una espada.

Las tendencias de Europa a la dispersión

Sea como fuere el caso es que Carlos V y, con él, su España tuvieron que hacer frente al cuadro de las dicotomías culturales, políticas, económicas y religiosas que resquebrajaron la Cristiandad. Merced a las nuevas fuerzas materiales que el descubrimiento de América produjera, Europa tiende cada vez más a la fragmentación. “La mayor oportunidad ofrecida a Europa, traducimos de A. H. Fisher, de emprender un gran trabajo de cooperación civilizadora fue dejada. El descubrimiento del Nuevo Mundo, el cual bajo la dirección y feliz temple de la mente humana habría podido lograr una armoniosa subdivisión del nuevo continente entre los poderes más interesados, fue al contrario la señal para el rompimiento de una cruel guerra, y de piraterías sobre los mares, que se prolongaron por generaciones”.⁵⁴ La razón de estado canonizada por Maquiavelo proclama sin reticencia que el interés de cualquier país está por encima del de los otros; que el provecho particular nacional es anterior y superior al universal cristiano. Toda cortapisa de carácter ético-tradicional se revoca, y la *universitas christiana* tuvo ende que quedar disuelta.

⁵⁴ H. A. Fisher, *A History of Europe*, London, Edward Arnold & Co., 1940, p. 436.



La vieja Cristiandad —escribe Francisco Ayala— se encuentra separada ahora en unidades políticas independientes, y dentro del marco de cada Estado ha comenzado a evolucionar y a desplegar con desarrollos culturales que divergen. Las naciones se van extrañando unas a las otras, se configuran cada cual a su manera y van creciendo en las diferencias hasta adoptar fisonomías de día en día más hostiles sobre un fondo común de día en día más débil.⁵⁵

Para restablecer el equilibrio y posibilitar la convivencia tuvo que recurrirse al derecho internacional que desarrolló Grocio partiendo de Vitoria y Soto,⁵⁶ pero siempre ha sido y constituido dicho derecho un precario equilibrio. Una vez que el derecho canónico de supuesto origen divino estuvo invalidado no pudo el derecho humano alcanzar la amplia autoridad que le era necesaria. Las roturas y fricciones frecuentes del derecho internacional nos están diciendo de la fragilidad del hombre y de sus instituciones. Al no reconocerse la autoridad moral y religiosa toda apelación a un tribunal trascendentalmente superior quedaba inoperante. El derecho, en suma, sería el del más fuerte; siempre había ocurrido así, pero ahora se declaraba inocua la sanción moral. Las naciones desconfiaron las unas de las otras y no hubo más remedio que recurrir con descaro a una política de alianzas y ligas, a un equilibrio de fuerzas que salvara la posición del débil y anulara la del poderoso. Como resultado aparece la política del *equilibrio europeo* y la concomitante *balanza de poder*, y es Inglaterra, ayudada por su posición insular, la primera que la utiliza con gran éxito. El gran cardenal Wolsey se dio cuenta de las ventajas que acarrearía a su país la oposición de dos potencias de similar fuerza en el continente. La leyenda quiere que sea el rey Enrique VIII el iniciador de esta nueva política, expelida según parece mientras se celebraba un banquete fastuoso en París, en el que también estaba, claro es, Francisco I: *Cui adhaereo prae est*.⁵⁷

⁵⁵ Francisco Ayala, "La coyuntura hispánica", en *Cuadernos Americanos*, núm.4, México, 1943, p. 73.

⁵⁶ En justicia deberíamos haber añadido a éstos los nombres de Las Casas, Suárez, Vázquez Menchaca, Molina, Covarrubias y Baltasar de Ayala.

⁵⁷ Vid. J. Jastrow, *Historia Universal*, Barcelona, Editorial Labor, 1937, p. 270.



Europa no tenía pues remedio, se había convertido en un mosaico de naciones, en un avispero nacionalista en el que no cabía ya una dirección espiritual superior y de conjunto. Por el lado religioso, adelantemos esto, los afanes de renovación y nueva vida sentidos por todos los hombres y estamentos sociales culminan en la Reforma; hecho histórico que tantas y tan grandes repercusiones tendría para el mundo moderno, por lo que nos interesa valorarlo como el elemento auxiliar más poderoso de la escisión europea; la paz religiosa de Augsburgo (1555) y su receta favorita *cuius regio eius religio*,⁵⁸ constituyen la prueba fehaciente de que la tranquilidad y unidad continentales eran cosa del pasado; pero la reforma religiosa, se debe añadir, no fue sino una de las cooperantes fuerzas en el alumbramiento de lo nuevo. La razón de estado reemplazaba al viejo ideal de universalidad cristiana, mas la historia, como escribe Imaz, iba por ahí, no había remedio: “Emancipación de Roma, atesoramiento de riquezas, nacionalismo y grandes potencias”;⁵⁹ he aquí las exigencias de la famosa razón de estado que no tardaría mucho en trocarse en un estado de razón mediante el cual Europa entera respiraría feliz y a pleno pulmón, al menos así se lo creía ella, en el nuevo ámbito y clima racionalistas.

El siglo XVI —escribe Fernando de los Ríos— tiene el valor de una divisoria de vertientes para la cultura occidental; la conciencia europea se desgarró y surgieron dos actitudes, renacentistas ambas, que responden a la manera como cada cual concibe la relación del hombre con la naturaleza, y de la relación con Dios.⁶⁰

La Reforma ciertamente no fue la única fuerza que contribuyó al parto nacionalista; pero sí fue, como ocurrió en el caso de

⁵⁸ Propone Toynbee una inversión de los términos y no le faltan razones históricas y ejemplos para ello; verbigracia el “París bien vale una misa” del futuro Enrique IV; de tal suerte la expresión anteriormente subrayada pudiera trocarse en esta otra: *religio regionis religio regis*. Vid. en Arnold Joseph Toynbee, *A Study of History*, texto abreviado por D.C. Sommerwell, New York-London, Oxford University Press, 1947, p. 494.

⁵⁹ Eugenio Ímaz, “Prólogo” a la obra citada, p. XXII.

⁶⁰ Fernando de los Ríos, *Religión y estado en la España del siglo XVI*, Nueva York, Edición del Instituto de las Españas, 1927, p. 34.



Inglaterra, una de las más importantes.⁶¹ Ha comenzado la etapa de la concordia y discordia, como escribiera Luis Vives, de la paz fugaz seguida de la alternativa guerrera; del ciclo repetido, tenaz y cruento, sin treguas de Dios. Los amigos se extrañan y los países también; se ha desgarrado la conciencia europea según Fernando de los Ríos; más que eso, se ha desgarrado el aire de familia, el parentesco, el reconocimiento de la cuna y hogar comunes; y todo en nombre de Cristo. Bajo palabrería altisonante se disfrazan los deseos, los apetitos y egoísmos más innobles y turbios; mas en realidad la sevicia y la fuerza son los únicos argumentos que prosperan y mandan. Cada nación insaciable y enarbolada levanta su concupiscencia por encima de las otras naciones y la descarga como contundente bastón sobre la vecina intentando despojarla. Razón de estado, equilibrio europeo, balanza de poder, pactos y antipactos, ligas y antiligas, en esto y no en otra cosa consiste la nueva fraseología europea reveladora de la rotura, del espantoso siste espiritual. Aun podríamos añadir una lista casi interminable de nuevos conceptos y procedimientos puestos en boga, mas para nuestro intento son suficientes las líneas arriba transcritas. Todos han contribuido a formar la civilización europea; pero a costa de muchos dolores, lágrimas y sangre. Y lo que es peor, hasta la fecha no se han secado los manantiales del llanto. El decantado equilibrio europeo, símbolo y cenit de la fragmentación ha dejado a la historia universal de Europa deshilvanada y como en hilachas.

Una oración ejemplar y europeizante

Para ilustrar convenientemente el encabezado debemos echar mano del discurso pronunciado por Carlos V ante Paulo V y la corte pontificia el lunes de Pascua (17 de abril) de 1536, recién llegado el emperador a Italia de regreso de la campaña victoriosa contra Túnez. Señalemos en primer lugar que la alocución fue expresada en castellano, y que ante la protesta insistente del emba-

⁶¹ Hans Kohn, *Historia del Nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 146.



jador de Francia, que apenas si pescaba alguna que otra palabra, Carlos V respondió acremente y calificó al que se escapaba de sus labios de idioma cristiano; es decir imperial y por eso digno de ser entendido y hablado por todos.⁶²

El discurso de Carlos fue más bien que hablado barbotado afrentosamente contra Europa, aunque a decir verdad, y de la cuenta tomada en actas y archivos, lo fue contra Francisco I y su corrosiva alusión a la herencia de Adán. El rey de Francia simbolizaba entonces, representaba y encabezaba la levadura ambiciosa de los nacionalismos europeos que, apenas si recién nacidos, ya se cubrían del alhorre pestilente y fratricida de las guerras civiles; que este calificativo —alguien lo escribió y por cierto bien — sino éste puede aplicarse a las allí habidas desde entonces acá.

A Francisco I, atareado en engrandecer a Francia y en engrandecerse, se le daba un ardite de Carlos y de su trasnochada cruzada; por eso procuraba, y casi lo consiguió, obstaculizar por todos los medios los proyectos y acciones del emperador.

Carlos comienza su discurso declarando que tanto él como sus antepasados procuraron siempre relaciones pacíficas con los demás; que siempre desearon “la paz y sosiego de la cristiandad, deseando orgulloso solamente emplear todo el poder y grandeza que Dios les dio contra los paganos ynfieles, enemigos de nuestra sancta fee catolica”. No había en esto ningún fervor de novicio, pues en agosto de 1527 había dirigido a Enrique VIII una carta justificando el saqueo de Roma, carta que terminaba con un llamamiento a la antigua fe de cruzada, pidiéndole además al rey inglés su concurso en la empresa de combatir a los turcos: “Ayudándonos por la vuestra a remediar los males que padece la christiandad y en ella la honra de Jesu Christo, porque brevemente podamos bolver las armas contra los enemigos de nuestra fe christiana”.⁶³

Estas declaraciones refuerzan sin más la tesis acerca de la hispanización del emperador, pues con dificultad se hubiera encontrado Carlos V por la rama paterna a antecesores inmediatos

⁶² El texto del discurso es el recogido por el padre Miquelez; y es el mismo que se transcribe íntegro en la obra de Fernando de los Ríos ya citada por nosotros (*Vid. supra*).

⁶³ *Cfr.* Alfonso de Valdés, *op. cit.*, p. 87-92.



suyos de que enorgullecerse por haber luchado en defensa de la fe cristiana contra la Media Luna.

Arremete en seguida el joven emperador contra su rival el rey de Francia, y no sin cierta razón “Y así mismo a V. Sanetidad y a todos vosotros creo sea materia cuanto por parte del rey de Francia de continuo los tales efectos se hayan estorbado, digo de la paz de la Cristiandad, y de la guerra que con ella a los enemigos de Dios y nuestros se pudiera haver hecho”. Acumula inmediatamente una abrumadora cantidad de pruebas contra Francisco I para señalar la culpabilidad del rey francés por negarse a auxiliar a Carlos en su lucha contra los turcos, a saber: 1) Las dilaciones y pretextos del rey para no acudir en ayuda de Hungría que estaba amenazada por los turcos; 2) La negativa del rey para no auxiliar con su armada a la empresa contra Corón; 3) Los conciertos y ligas del francés con el turco, enemigo irreconciliable de la Cristiandad; 4) El rechazo del préstamo de las galeras francesas para la expedición contra Túnez; y 5) La amistad de Francisco I con Barbaroja.

El emperador hacía sincera y vehementemente sus cargos, y en verdad que en otra época hubieran sido más que suficientes para descalificar a su oponente. Lo que se pone de relieve no es tanto la justicia de la causa de aquél, sino la falta de resonancia continental, la sorda y poca acogida que se daba a sus alegatos: Carlos V endilgaba ciertamente su discurso a un espectro, a una Cristiandad ya inexistente.

Asusta pensar lo que hubiera sido de Europa, con los turcos ya a las puertas de Viena, si desengañado Carlos V por los egoísmos nacionalistas de Europa se hubiera retirado de su papel de paladín cristiano. Una embajada del emperador enviada ante el rey Enrique VIII solicitando de él ayuda contra el turco fue cortésmente recibida, y más cortésmente despachada con la respuesta de que en tanto que duraran las rencillas franco-españolas los ingleses no empeñarían ni un sólo hombre, ni un sólo barco contra el enemigo común de los cristianos. Inglaterra practicaba así con gran éxito la positiva y reciente política del equilibrio europeo. A pesar de la negativa Carlos no se amilanó y, manteniéndose en sus trece, pechó con las riquezas de su imperio y la sangre de sus soldados para salvar a Europa; no sabemos ciertamente que



haya habido nadie, fuera de los de casa y aun así no todos, que se lo haya agradecido una pizca a España.⁶⁴

Si Carlos V hubiera vivido más, habría visto algo muy superior incluso a las ligas que contra él promovieron sus enemigos; algo paradójico y que habla por sí solo: a un papa excomulgando a su prudentísimo y criticanísimo hijo Felipe II, a la vez que pactando con el adversario tradicional de la Cristiandad. A decir verdad Roma nunca comprendió la actitud de España, tradujo sólo los valores políticos. La postura religiosa del emperador y de sus descendientes siempre fue a tuertas interpretada. El papa jamás pudo entender que los españoles de entonces fueran más papistas que él mismo; o como lo aclarara el propio Carlos V escribiéndole a Clemente VII, “Si vuestra Sanctidad lo quiere mirar sin pasión, hallará que no hay Rey ni Príncipe a quien más deba la Sede Apostólica que a Nos”. Precisamente esto era lo malo, y cuanto más lo comprobaba y sopesaba el papa tanto mayor incomodidad sentía. La política vaticanista fue, pues, torpe al poner en práctica la teoría de la balanza de poder, y por creer que su papel era ahora el mismo que había practicado magistralmente durante las viejas luchas entre güelfos y gibelinos, entre el Pontificado y el Imperio. Empero no columbró que las circunstancias eran entonces distintas, que los días de Canosa habían ya pasado.

Carlos pone ante Dios la justicia de su causa, máxime que las guerras imperiales que desata son para conservar, según expresa, la herencia de sus mayores: “más por necesidad de defender lo nuestro, que por deseo de adquirir lo ageno”.⁶⁵ En esto era sincero y seguía la pauta marcada por Mota y Valdés. La visión del emperador era, ante todo, esencialmente espiritual; soñaba, guiado como dijimos por sus consejeros erasmistas, con la realización de la *Universitas Christiana*. El no deseaba aumentos territoriales, quería la felicidad de todas las naciones cristianas y de todos los hombres; felicidad en el mundo, felicidad en Cristo: *Philosophia*

⁶⁴ En 1522 visitan los emisarios del emperador, Gabriel de Salamanca y Juan Faber, a Enrique VIII. Tomás Moro contestó en latín, en nombre de su rey, lamentando las luchas intestinas que asolaban la Cristiandad y que permitían que el turco amenazara Hungría. En suma, Enrique VIII hacía saber al emperador que la unidad previa era indispensable para que él se decidiera a auxiliarle.

⁶⁵ “Discurso”, *op. cit.*



Christi. El viejo ideal del caballero se suma a la nueva tarea de armonizar la fe y el humanismo. Lo que anhelaba más que nada el emperador lo expresará patéticamente al finalizar su discurso: “Y con esto acabo diciendo una vez y tres; que quiero paz, que quiero paz, y que quiero paz”. El emperador guerrero era después de todo un sincero pacifista; estaba incluso dispuesto a entregar a Francisco I el principado de Milán, motivo de tantas pugnas, con tal de conseguir la paz.

El proyecto ecuménico

Para darnos cuenta de la necesidad que tenía de paz no hay más que referirnos a sus propósitos que implican una grandiosidad esquemática verdaderamente extraordinaria. Su intento consistía en encabezar una última y decisiva cruzada contra el turco, la última si se quiere de las cruzadas medioevales;⁶⁶ pero que contenía en sí misma el postrer esfuerzo y el último munífico impulso hacia una confederación europea. Su proyecto, sin embargo, recibió una glacial acogida; el eje económico de Europa se había cambiado del Mediterráneo al Atlántico, y todo lo que significara una alianza para un esfuerzo colectivo en pro de la reconquista espiritual y material de las tierras de Oriente estaba de antemano condenado al fracaso; es decir no interesaba. Los tiempos no estaban ya para cruzadas; el hechizo sentimental y lucrativo habían encontrado, como sabemos, un sorprendente y proficuo sustitutivo en las aventuras de ultramar. Carlos V al igual que muchos de sus coetáneos no se dio cuenta a carta cabal de qué era lo que estaba, y lo que le estaba pasando. Como Colón persistió en agarrarse a los asideros medioevales que aún deambulaban y deambularían como trasnochados; de aquí sus palabras: “mi intención no es desear guerra contra cristianos, sino contra infieles; y que la Italia y la Cristiandad estén en paz y posea cada uno lo suyo; y que nos concertemos y agamos una confederación contra los infieles, como

⁶⁶ No hubo rey de la casa de Austria que no soñara con ser el último cruzado, salvo, claro está, el cuitado Carlos II.



ha sido y es siempre mi intención hacella. Donde habrá mucha tierra para que nos podamos partir, sin pensar en la de acá”.⁶⁷

La Reforma vino a empeorar al enfermo ya de por sí desfalleciente, y la actitud conciliadora del emperador hacia ella se va a trocar a la hora de su muerte en un seco e implacable consejo dado a su heredero Felipe II: que acabe con los herejes. El *defendella y no enmendalla* del clásico será la divisa de la España de los Austrias y, por qué no decirlo, de toda su historia hasta 1899. Varían las circunstancias y los problemas; pero el empeño es el mismo, la intransigencia soberbia, la pertinacia contumaz, valga el pleonasma: hasta el último hombre, hasta la última peseta. España, como dijo alguna vez Nietzsche, quiso demasiado, y tanto que persiguiendo sueños de unidad continental fue dejando jirones de su carne y alma a lo largo de una ruta escabrosa en la que, como Don Quijote, no recogió sino palos y pedradas de todos los galeotes, de todos los yangüeses y cabreros del mundo. Ahora son los follones y malandrines, los del tanto más cuanto, los del debe y el haber, los más asustados por el asesinato del Triste Caballero, pues sabedlo: Don Quijote murió asesinado, y con él la Europa unificada que intentó regir y que tantos quebraderos de cabeza le trajera. Sin embargo, España no necesita que se la justifique jeremíacamente por el lado del despecho o por el tan socorrido de la decadencia, que no hubo ninguna, lo que se comprende cuando se deja de poner el acento en lo político y se pone mejor en lo espiritual que ella representara y defendiera. Tampoco precisa España de los aydemies de los poetastros ni de los plantos fervorosamente farisiacos del pseudoensayista o del pseudodocto. Lo que hizo España hízolo a ciencia y paciencia, satisfecha y entusiasmada; con fervor religioso, popular, imperial e inquisitorial; disparada como la aporítica flecha de Zenón de Elea hacia un porvenir imposible e incierto por lo mismo que era humano y generoso.

Europa—Occidente, Cristiandad—tuvo la gran oportunidad en sus manos; la única que se le presentó a todo lo largo de su historia, la posibilidad de cristianizar al mundo dándole una base cultural común. Pero prefirió continuar en la empresa del par-

⁶⁷ “Discurso”, *op. cit.*



ticularismo regional, egoísta y práctico. Por ese camino la cultura de Occidente ha llegado a ser a la larga lo que hoy es; mas no sin una manifiesta desazón de encontrarse al borde de su carrera, dándose cuenta de que sobre la tierra no es sino una cultura más, y, desde luego, ni la decisiva ni la única.